



JUAN MANUEL FERRARI.

Prestigioso artista uruguayo, dotado de vigor, pasión y sensibilidad, que más allá de las fronteras nacionales, impuso la estatura continental de su talento, al plasmar el formidable grupo escultórico del "Monumento al Paso de los Andes por el General San Martín". Rendimos homenaje a su memoria en el 43º aniversario de su muerte.



Provisión "Vaca Azul", con la muestra pintada, naturalmente, de azul, debajo del farol de la esquina. (Fotografía De Grandi.)

ASI era. La Vaca Azul; tal como sueña. Aunque no como sonaba en el Treinta y Tres de aquellos tiempos, acostumbrado a llamarles "al pan, pan y al vino, vino"; y pampa, overa, colorada, rosilla, mascarada, salina, hosca, barrosa... hasta azuleja a la vaca "más pintada". ¡Pero azul... ni pintada!...

Pues pintada de azul — con algunas manchas blancas, más por conciliar que por convencimiento — allí, a la entrada de su boliche, la puso el Rubio Fernando Mila. De lo que debió soportar por causa de aquel animal con semejante color, sólo él sabía; o acaso alguno de sus más íntimos, como el Sapo, el Chuto, el Cuzco, los Zorros... Pero bien que alcanzaría para llenar todo un capítulo de la historia doméstica del pueblo viejo.

Hubo diarios y revistas de Montevideo que se ocuparon del asunto. Hubo quien vino y de lejos, expresamente a conversar con el Rubio sobre mamíferos y colores, haciéndole cada pregunta que más bien parecía de policía de investigaciones que de simple curioso. Hubo quien se pasó su media hora y más, parado firme frente a la puerta del boliche, mirando menos el cuadrito con la vaca, que estudiando al bolichero, cuando lo veía distraído en despachar a algún cliente. Hubo también — y sería una lástima que no lo hubiese habido — quien después

Recuerdos de Treinta y Tres

de costearse un par o una docena de leguas a ver con sus propios ojos la famosa Vaca Azul, cuyas mentas habían recorrido el Departamento y zonas fronterizas, después de examinarla un rato saliera comentando:

— Pero, ¿quién se le puede ocurrir una semejante vaca?!

— ¿Qué le halla, don?

— ¿Cómo qué le halla? ¿No ve que es una vaca lechera?

— ¿Lechera por qué?

— Pues la pinta del animal lo está diciendo. Ubre, pachorra y eso...

— Bueno, ¿y? ¿Qué tiene que sea lechera?

— ¿Qué tiene? Tiene... que no puede tener lo que tiene. ¿Agarra?

— Si. Pero, ¿qué es lo que tiene, que no puede tener?

— ¿No se da cuenta?

— Francamente, no.

— ¡No se da cuenta!...

— No me doy cuenta.

— ¡Pues, guampa entera, hombre!... Fijese, va'ver... ¿De ande habrán sacau?!

Todo esto, sin contar las discusiones, las risotadas, hasta ciertas insinuaciones pesi-

mistas sobre el orden de la cabeza del dueño de casa. Cenario hubo que al pasar por la carretera y encontrarse de golpe con la vaca, sofrenó el mancarón, se afirmó con los pies en los estribos y las manos en la cabeza del recado, echó el cuerpo para atrás y se estuvo allí carcajeando como en cancha propia. Todo esto y mucho más debió soportar el Rubio Mila, y lo soportó calladito la boca. Como quien oyera ladrar, lo soportó.

Pero tal vez lo que nadie le dijera en tonces, y sin tal vez lo que nadie le dice ahora a Fernando Mila, es que Fernando Mila fue un precursor, precisamente por la idea de aquella vaca así coloreada. Un precursor él, y por reflejo, Treinta y Tres, tierra donde la idea echó raíces, pesara y escandalizase a quien pesara y escandalizase.

¿Quién se lo iba a decir por aquellos tiempos de vida monocroma, cuando todavía la gente era capaz de extrañarse de sólo oír mentar el verdor de una esperanza, y de quedar colorada hasta las orejas por cualquier cuentito de color más o menos subido? ¿Y quién se lo va a decir hoy, cuando hasta un gurisito diente de leche es capaz de sentar tesis sobre "la policromía de la absurdidad", o de salir escribiendo una "oda verde a la salobre suavidad sinfónica del más inocente perfume ocre"?

*

Pero no habría de ser sólo eso, ni mucho más como eso que podría sacarse a luz, el único motivo para la inclusión de la Vaca Azul entre estas evocaciones pueblerinas. Hay razones menos visibles — por menos fáciles de mostrarse a los ojos — en la raíz misma de estos recuerdos. Son las razones del cuerpo y del alma; aquellas que sólo pueden traducir, a veces, las palabras "mío" o "nuestro". Muchas veces hemos pensado — más bien sentido — que mejor título que el que llevan estas notas, podría ser el de "Recuerdos de mi Treinta y Tres". Tal vez ese título lograra por sí solo, decir mucho más de lo que puedan decir todos estos relatos juntos. En estas cosas donde campea el afecto tan a sus anchas, suele ocurrir así. A veces toda la clave está en una palabra. Y aquí la palabra sería la más chiquita de la frase: ese posesivo "mi". "Mi" Treinta y Tres; este que está aquí, en este punto del espacio y del tiempo, en este punto de la sangre, los huesos y el alma que se llama "yo". Y entonces, ¡cuánta econo-

mía de recursos, perífrasis, rodeos, repeticiones, puntos cardinales, fechas, horas, minutos!...

Aquí está la prueba. Todo lo que queda dicho, viene buscando demostrar como no sólo por "vaca" ni sólo por "azul", la Vaca Azul merece esta nota. Pues con que se diga ahora que a media cuadra de la Vaca Azul estaba mi casa paterna, salta aquella demostración. Y algo más con ella: una especie de comodidad que infunde confianza para seguir hablando tranquilamente del tema. Como si el espíritu se encontrara de golpe con el camino que buscaba para seguir hasta el final; y siga ahora por él, ayudado por una infinita serie de supuestos que son como puntos con luz propia, que de otro modo habría que sustituir con fogatas de puro artificio. En una palabra, se siente como si con aquella afirmación sobre mi casa paterna, quedara colocada la piedra fundamental de esta nota.

Si, allí, a pocos pasos de la esquina de Manuel Meléndez y Celedonio Rojas donde estaba la Vaca, bajando por esta última calle, estaba nuestra casa. La segunda y última que ocupó mi familia, desde que traspusiera para siempre el Yerbaito y sus ocho gajos, tras el liceo para nosotros, hasta que traspusiera para siempre el Olimar y las sesenta leguas por cinco departamentos, buscando la Universidad para nosotros.

Era una casa antigua y blanca, con cinco o seis aberturas a la calle y cuatro hermosos álamos carolinios al frente. Ocupaba con su inmenso terreno, la cuarta parte de la manzana, incluyendo la esquina de Celedonio Rojas y Pantrileón Artigas. Tenía un espléndido patio con una palmera poblada de cotorras y corriones, un pitanguero y varios laureles. Tenía quinta grande, de cinco canteros de seis por veinte, donde con mi

hermano Juan Carlos debíamos "cavar y carpir" el pesito de los sábados. Tenía un corral donde debíamos "ordenar" los cinco reales de entresemana. Y tenía — ¡oh delicia! — un inmenso galpón solitario, dividido horizontalmente, en cuyos movedizos altos nos constituíamos con el más famoso "cotorro" de todos los tiempos y lugares, con ventana y escalera postiza a la calle. instalaciones para mate amargo, siesta completa y todos los etcéteras imaginables.

Eran tiempos de peladela, aquellos. Novia, cine, bailes, tabaco, caña y demás necesidades de hombres entre los catorce y dieciocho años, no eran exigencias que pudieran atenderse con el peso y pico semanales provenientes de nuestras obligaciones de quinta, corral y a veces picadero, pues había también leña que daba miedo (y rabia). Ni podían tampoco atenderse con los dos pesos a que solíamos hacer llegar aquella cantidad, a punta de rogativas a la vieja; ni con los tres pesos cuyo tope definitivo conseguimos a veces hacerlo marcar al viejo, en gestición aparte y "de bigote a bigote".

No alcanzaban. El sábado y el domingo eran como una correntada para el bolsillo; se llevaban hasta el último vintén. Donde primero se hacía sentir la crisis, era en las provisiones de tabaco. Todavía el lunes transcurría sin mayores problemas. Pero ya en las primeras horas del martes, entre el mate y el estudio parecían ponerse de acuerdo para hacernos pasar necesidades. Empezaban las apreturas para estirar la última borrita del paquete. A media mañana ya estábamos fumando casi puro papel. Y al mediodía, ya ni papel. ¡Era una tristeza!... Los libros daban sueño; daba rabia el aire de tan livianito; hasta el mate parecía un desgraciado duro de frío.

A media cuadra — a menos de media cuadra — pero a una legua que fuese, estaba la Vaca Azul. Y allí, un estante repleto de "rubia peluquilla". Mes costaba... bueno, lo que costase; con que fuera apenas un poquitito — sólo un centésimo — más de nada, ya era una prohibición a tan altas horas de la semana. ¡Qué tristeza! ¡Les ganas que daban de tirar los libros y ponerse de contrabandista!... Meses, así.

"Y una mañana sucedió el milagro: es algo tan bello que cuesta creer", dijera Silva Valdés. Irrumpió la tabla de salvación sobre las aguas de aquel mar de tristezas. En la voz de nuestra madre, llegó. Llamaba



Ceremonia realizada en los salones de la Embajada de Francia al serle conferida la Legión de Honor a nuestro compatriota Adolfo Pastor, Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, dibujante de mérito sobresaliente, cuyos valores artísticos que prestigian al Uruguay, han sido reconocidos en los grandes centros culturales, y puestos de manifiesto en este acto de merecido homenaje presenciado por distinguidas personalidades.

a uno de nosotros para que fuera al almacén a buscar unas cosas. Saltamos como resacas, de puro comedidos. No precisamos más que una sola, pero buena, mirada de simpática comprensión entre el que quedaba ya saboreando una hermosa pitada, y el que iba a traerla mezclada con el arroz, el pomodoro, fideos, harina y cuatro o cinco comestibles más, cuya lista ocupó media hoja de la libreta del fiado. Solito, el paquete de tabaco apenas se notaba entre todo lo otro.

Pasó. Eran los primeros días del mes, época en que nuestros padres ni miraban la libreta. Nos gustó el procedimiento. Tanto nos gustó, que el martes siguiente, a la precisa hora de las angustias pretéritas, estábamos envolviendo grueso desde hacía buen rato. ¡Qué borras ni qué nada! A los quince días era tal nuestra confianza, que no bien el paquete en uso empezaba a abollarse un poco de flaco, ya estaba el nuevo en nuestras manos. ¿Para qué, si no, estaba allí la Vaca Azul, y para qué habría de ser su dueño el Rubio Mila, aquel hombre encantadoramente campechano, comprensivo y complaciente?...

A fin de mes los viejos pidieron la libreta para sumar y pagar. Si les extraño, no les alarmó encontrarse con un paquete de tabaco en cada una de las dos o tres primeras carillas. Un paquete perdido entre bizcochos, café, querosene, pomodoro, azúcar, yerba. Pero de la tercera a la quinta o sexta carillas, empezaba a aparecer la yunta de paquetes; y de ahí en adelante, ya era el relajo. De repente los dos viejos se quedaron mirando uno al otro, casi paralizados, luego de recorrer aquellas líneas de letra apurada, en cuyas listas los artículos se distribuían más o menos así: Paquete tabaco, Pomodoro, Papel fumar, Quilo fideos, Fósforos, Quilo yerba, Litro querosén, Paquete tabaco, Añil, Jabón, Papel fumar, Fósforos, Tabaco, papel, fósforos, Papel, tabaco, fósforos, Paquete tabaco, Paquete tabaco, Paquete tabaco...

El viejo agarró la libreta, enderezó para la Vaca, le preguntó al Rubio:

— ¿Le queda tabaco?
— Comonó.
— Debe comprar por toneladas.
— No. ¿Por?
— Porque si vende a todo el mundo así... Y le mostró la libreta.

Largaron los dos la risa. Comentó Mila por decir algo:

— Y... los muchachos ya queman regularcito...
— Regularcito... y pico...

Remató el viejo. Pagó y le recomendó al Rubio:

— Bueno, no me les dé más de dos paquetes y el acompañamiento por semana.
— Ta bien, ta bien.
— Si no, me van a quemar hasta a mí... Y volvieron a soltar la carcajada.

— Mi amistad empezó — antes que con el Rubio — con el Goyo, hermano menor suyo, que por esos tiempos estudiaba Carpentaría en la Escuela Industrial, jugaba al fútbol y de a ratos bolicheaba. Le gustaba leer, tomar mate "como dios manda" y conversar "pico a pico". Despacito, conversaba; pero seguido. Daba gusto escucharlo y tomar el mate "cumba" que sabía cebar.

Cuando quise acordar, era persona de la casa. Me fui introduciendo a través de aquellos ratos perdidos de prosa y mate con el Goyo. Después llegaba, aprontaba por mi cuenta el amargo, servía los correspondientes "blanquitas", arrastraba una silla para medio cerca del mostrador y empezaba a "tallar" mano a mano con el Rubio. Sobre la nochecita, de a uno, comenzaban a llegar los feligreses de la Vaca.

Por entonces era Piedra uno de los más puntuales. Poco quehacer, muy afecto a la "brasileira" (la caña, se entiende), buen conversador cuando se "punteaba", amigo y pico. Le admirábamos el estado, un bigotito muy cuidado que sabía llevar como el mejor, y sobre todo las manos. Las manos bárbaras que le dieron fama a Piedra como a uno de los mejores jugadores de pelota.

Con los únicos que se le podía comparar en eso, era con el Chuto Piñero y con el Negro Sánchez. "Vacazuleros" los dos, y si no muy amigos, tampoco enemigos de la de barril. Jugando en yunta o en trío con Piedra, era cosa de "apilárselos" a las cuatro o a las seis muñecas. Si las manos valieran en el Uruguay lo que valen los pies, Piñero, Sánchez y Piedra hubiesen sido ídolos populares. Pero no valen, y ellos debieron con-

formarse con ser ídolos de la "barra vacazulera".

Aunque fugaz, el pasaje de Aligio Pintos por la Vaca fue memorable. Memorable por los asados con vino que solía inventar en una pieza que alquiló por allí. Memorable porque Aligio Pintos era de esos hombres que parecen haber nacido para amigos. Y su amistad era de esas que empiezan con una sonrisa, siguen con una discusión política entre caña y caña, y quedan para siempre encerradas en el hueco caliente de un abrazo fraternal. Así quedó la suya, aquí.

Con Odemar Larrosa nos conocimos siendo él alumno y yo sobrino de la Directora, de la Escuela N° 25, cuando se llamaba Escuela del Altillio y estaba en el barrio España, esquina cruzada con el Hospital. Después nos reconocimos en el Liceo. Vinimos a reconocerlos en la Vaca Azul. Guitarero, cantor y flor de enamorado, Odemar era un individuo nacido fuera de época. El hubiese preferido aquella en que, con sólo el instrumento bien encordado, el pecho pronto y la imaginación afilada, un hombre era capaz de "ponerle mango al mundo". Allí se quedó también, pagando tributo a una vocación fuera de tiempo y lugar. Que es lo mismo que decir fuera de la comprensión de los hombres.

Mariano Alzugaray era infaltable. Traabajaba a media cuadra y vivía a dos cuadras

cambiar con él unos pocos tragos, oírlo hablar largo, hondo y tendido de cuanto cosa hay... y no hay.

— ¡Gran siete!... ¡Pero a este hombre sí, que le funciona l'aparático!...

Comentaba un canario que solía arrimar-se sólo a sentir pasarle medio cerca de las orejas la conversación de Ramos.

A quien menos veíamos por allí, pero a quien todos sabíamos siempre presente, era a don Juan Fernández (Zorro). Lo veíamos de mes en mes, cuando hacía una entrada a renovar los barriles de la clientela. Alto, flaco y huesudo, no necesitaba más que mostrarse así, furtivamente, para que el menos conocedor pudiera ver en su aspecto, su oficio. Las largas vigiliadas, la noche y el monte, el acecho y las marchas, estaban patentizadas en aquella figura huraña. Conversando un rato con él, se sacaba la conclusión de que indudablemente, esa cura de peligros a la intemperie forja hombres de verdad.

Temporada inolvidable fue aquella en que la Vaca Azul llegaba hasta la cancha de pelota de mano de Termezana, bajo la regencia entonces, de don Fernando Mila. De los partidos que se armaban los sábados y domingos allí, quedó memoria en todo Treinta y Tres. Se reunía gente de todos lados, se jugaba mucha plata, se "trenzaban" parejas de la Vaca con parejas de la Cancha de Fas-

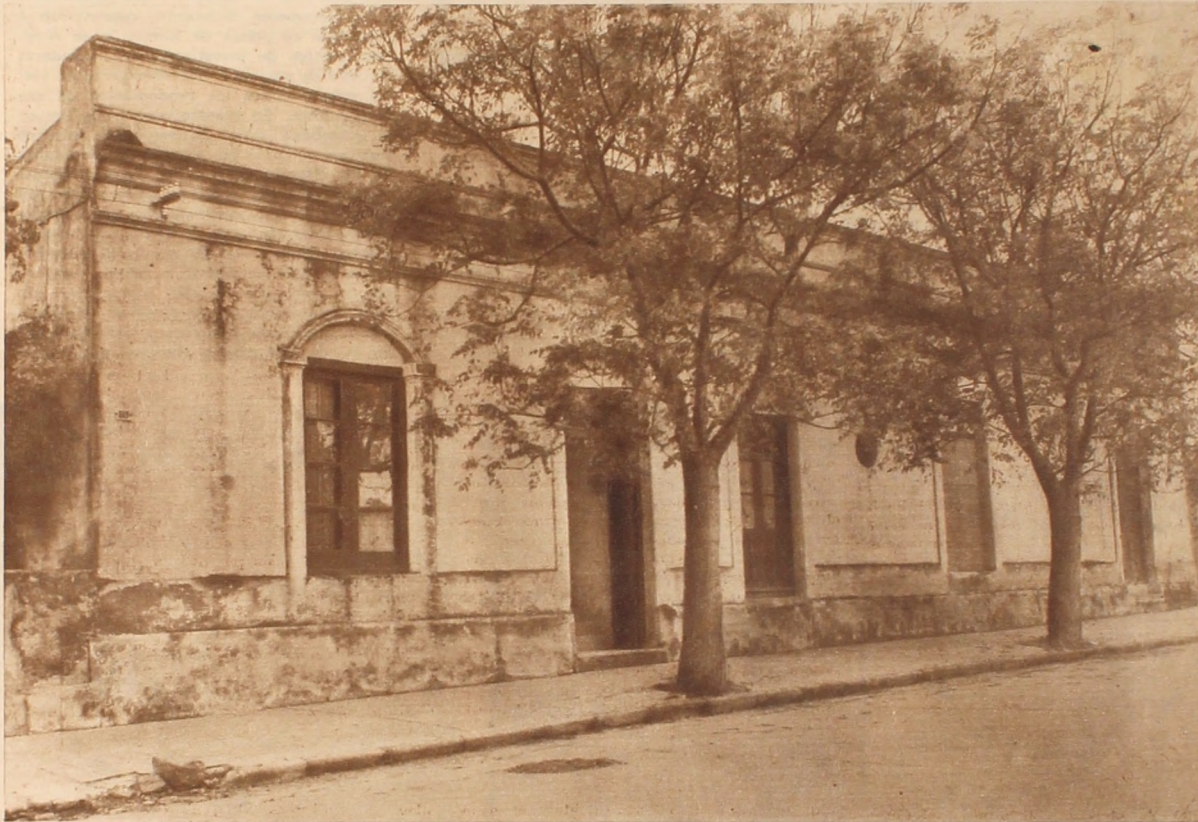
sio, cinco cuadras más allá, en las estribaciones del barrio La Floresta. Nunca como entonces allí, en aquellos encuentros heroicos, tuvo el viejo Sarandí Ramos mejor oportunidad para lucir sus habilidades de buen jugador, mejor ganador y malísimo perdedor. Salía mordiéndose las manos de rabia el viejo, desafiando a los contrarios para un "partidito de tajos y puñaladas en un cuarto oscuro".

Recién se había formado el cuadro de fútbol "La Vaca Azul", cuando yo me fui de Treinta y Tres. Asimismo, tuve tiempo de asistir a algunas prácticas. Era para morir de risa ver aquella manga de chambones patear la pelota. Con la costumbre de la cancha de Termezana, vuelta a vuelta andaban "haciendo mano". Nadie hubiese sido capaz de predecirle al cuadro, el futuro luminoso de éxitos que le estaba destinado.

Evocando hoy todo aquello a través de tanto tiempo y de tanto espacio, a uno le parece estar soñando. Tiene que encontrarse allá de cuando en cuando con alguno de aquellos amigos de entonces, para comprobar que no está soñando. Que todo fue un momento de la vida. Un momento inolvidable, por lo visto; y por mucho más de lo visto...

Julio C. DA ROSA

(Especia] para EL DIA)



A pocos pasos de la "Vaca Azul", estaba "mi" casa paterna, antigua y blanca, con cuatro hermosos álamos carolinios al frente.

de la Vaca. No podía pasar sin entrar. No podía entrar sin quedarse. No podía quedarse sin mojar los labios. De pronto lo perdimos de vista. Lo habían trasladado a José Pedro Varela. Dejó un vacío que, mirándolo a él de arriba a abajo, nadie lo hubiese esperado de Mariano Alzugaray.

Batlle Fernández recién se estaba arriando cuando yo me fui. Pero él también era conocido del Liceo, donde dejó huellas de inteligente. Lástima que eso no bastaba entonces — como en muchos casos no basta todavía — para aspirar a un título. Batlle Fernández era pobre y apenas si pudo hacer unos años de Liceo. Menos mal que a él siquiera le quedó la costumbre de los libros. Que dicho sea de paso, no es incompatible con la hermosa costumbre de la caña blanca, que a todos nos quedó en el cuerpo después de nuestro paso por la Vaca Azul.

Francisco Ramos ya era maestro, entonces. El sí fue de los que le arrancó el título a la pobreza en "singular batalla". Claro, llevaba la ventaja de una cabeza realmente privilegiada. Solitario y poca prosa, su figura en un principio nos evocaba a la de un filósofo antiguo. Era lindo, después de



Acto realizado en el local del Centro Democrático, de la ciudad de Minas, organizado por la Asoc. de Jubilados y Pensionistas de Lavaljea, pro escala móvil jubilatoria.

El alumno como biblioteca viva



El Dr. Siao-Yu contempla la hermosa ejecución sobre seda del "mei-jua", flor nacional de su país, finamente realizada por la señora Flotila G. de Carcavallo.

A pesar de los viajes y los libros, a pesar del cine y del avión que acortan las distancias, hay campos que siguen siendo de entendimiento dificultoso para la mente humana, aunque hayan pasado siglos desde la

hora en que la aventura de las Cruzadas puso en contacto el Oriente con el Occidente. Hay una encrucijada donde la sensibilidad se diversifica, y lo occidental y lo oriental se clausuran en sus órbitas respectivas y sin

tangencias; y sólo la admiración sirve de puente entre dos mundos de los cuales el más remoto continúa brindándonos el milenario hechizo hermético, lejano e inabarcable. La China es uno de esos recintos fabulosos, patria de leyendas, cuna de un arte milagroso, ámbito de una de las civilizaciones más vastas y complejas de la tierra.

Esa dificultad de acceso que ofrece y la seducción exterior de sus manifestaciones culturales, el irresistible sello de lo exótico que siempre entraña una tentación para el hombre de otra raza, la huella secular de esa tradición de inteligencia sutil y cultivada que singulariza la mentalidad del antiquísimo país, propiciaron la irradiación de aficiones por muebles y objetos de manufactura china, auténticos o imitados, hasta imponer una moda que incorporó al mobiliario europeo piezas chinas como un toque de buen gusto suntuario. El ser humano no puede eludir la inclinación hacia aquello que no comprende de todo.

Y con más trascendencia que la adhesión a lo meramente decorativo, comenzaron a menudear en países de Europa y de América, centros de investigaciones, verdaderas escuelas de sinología, que divulgaron en forma más orgánica los fundamentos de esa gran cultura. En nuestro continente hay en la actualidad varios institutos de estudios sinológicos; y en las grandes universidades de los Estados Unidos, se dictan cátedras permanentes que totalizan unos veinte mil alumnos. Cuando circunstancias políticas que conspiraban contra la integridad del tesoro cultural chino instalado en Suiza, determinaron su desplazamiento a tierras americanas, la existencia de esos importantes núcleos de estudios en la América del Norte indujo a declinar honrosas invitaciones, como las de Columbia y Harvard, para mirar

hacia el Río de la Plata, carente de centros similares. Un resaca democrático y condiciones de seguridad que deseamos no defraudar, decidieron que fuera Montevideo, la sede de la Biblioteca Sino-Internacional, cuyo rico acervo estaba en el Palacio de Desarme de la Liga de las Naciones, en Ginebra.

Y llegó, un día de 1951, ese equipaje de cultura planteando el grave problema de ubicarlo. No había aquí los veinte salones que en el Palacio suizo permitían la exposición permanente que había hecho de la misma un foco de atracción turística. Pero la voluntad de trabajar ignora el límite de las cuatro paredes, y el Dr. Siao-Yu, celoso aunque veneroso guardián de esos bienes, se amoldó al pequeño recinto provisorio que ocupa en nuestra Biblioteca Nacional. Allí, entre cajones sin desembalar todavía, cuadros valiosos amontonados sobre el suelo, riquezas arrinconadas y una fe resplandeciente en su tarea, en el prodigio de un par de metros cuadrados libre, dicta imperturbable sus lecciones.

Para el Dr. Siao-Yu, una biblioteca es mucho más que el acopio material de volúmenes encuadernados, monumento de letra muerta si el espíritu no le infunde calor vital; es, mejor, el mensaje del pensamiento, el alma de otra edad que llega a través de la página impresa. Y tan lejos de su tierra, se ha propuesto formar intelectualmente a un núcleo de alumnos que compenetrados de esa idea, puedan ser portadores de su misma siembra. El discípulo convertido en maestro, asegura así la continuidad de la enseñanza. La biblioteca china sería inutilizable, si por la valla que levanta la lengua, nadie pudiera acercarse a ella. Por eso el Dr. Siao-Yu imparte infatigablemente, con



Conjunto de obras ejecutadas con poética sensibilidad por la señora de Rodríguez Serpa.



Dos pinturas de flores, de perfecta técnica china, hechas por la Srta. Elena Ramírez.



Admirable paisaje montañoso pintado por la señora Molly Clift de Pilz, que forma un biombo artístico.

cimientos de idioma, pintura, poesía, caligrafía, filosofía chinos, asignaturas estrechamente vinculadas. Comenzó teniendo dos estudiantes; en seis años, más de mil han desfilado por sus clases, gratuitas todas ellas; cuarenta y cinco horas semanales en total, evidencian una desinteresada vocación docente y un amor acendrado por la más alta tradición cultural de su país: la del intelecto. Se muestra complacido de sus alumnos uruguayos, elogiando la comprensión y ductilidad con que asimilan las nociones y técnicas chinas. Por tres veces, el público ha podido apreciar la eficacia del aprendizaje y el desenvolvimiento de los discípulos; por primera vez, en 1954, en el curso de la Asamblea de la Unesco, cuando se exhibió, en un sector de la Biblioteca Nacional, una muestra de las pinturas ejecutadas por los primeros alumnos; muy elementales todavía, tenían empero el interés de la experiencia inicial; por segunda vez, en 1955, en la Asociación Cristiana de Jóvenes, patrocinada por el Ministro de Instrucción Pública, que era entonces D. Clemente I. Ruggia, la superación era notoria; y en este año, en la Escuela Nacional de Declamación "Concepción A. de Requensens", la exhibición recién clausurada pone de relieve la madurez alcanzada por los entusiastas cultores de esta pintura delicada, frágil, decorativa, sin otro contenido aparente que la belleza en sí misma. Se expusieron obras de autores en distinto grado de evolución y maestría, unos avezados ya en esta disciplina que tiene más rigor y tiranía de lo que parece, otros en los comienzos del dominio expresivo, pero todos sinceramente entregados al fervor de crear: Molly Clift de Pilz, Elena Ramírez, Margarita C. de Rodríguez Serpa, Erna Z. de Kalmar, Fernando Lana, Ema San Vicente de Fernández, María Julia Levrero de Topolensky, Flor de María Pérez, Adela D. de Saragó, Mirta R. de Sanjinés, Nenúfar Maruca, Isabel Emilia Cocco, Alicia Rosiello, Lola Garnek y Florita G. de Carcavallo, son los nombres de los expositores. Respecto de ellos, declara el Dr. Siao-Yu que las mejores pinturas presentadas están tan bien logradas como las que pudiera hacer un buen pintor chino; pero señala que, en cuanto a las caligrafías expuestas, generalmente ni los propios chinos pueden hacerlas tan cabalmente. No cabe elogio más satisfactorio. Tiene el orgullo de sus alumnos. "Son mi vida" — asegura —; y aún añade que "algunos tienen gran porvenir porque tienen gran talento".

Nos circunda un mundo frágil, nítido y callado. El papel de arroz, opaco, lechoso, semeja opalinas levemente coloreadas sobre las que hubieran caído pétalos y plumas; y ora es la luna platinando una vara florecida, toda blanca de rayos lunares, ora son garzas emblemáticas que sacuden las alas o faisanes suntuosos, entre flores exquisitas y quebradizas — orquídeas, crisantemos, rosas traslúcidas, el "mei-jua" tradicional —

que despliegan la gracia de sus corolas de matices suaves, en una policromía de amarillos, rosados, celestes, junto al trazo agrisado de los bambúes finos y erectos, o a la rama sobre seda captada con dimensión simbólica por la Sra. de Carcavallo. Casi todo es paisaje y flor; pocos pájaros, escasos seres humanos (un mundo perfecto); una princesita, un barquero, junto a la altivez del pavo real que contrasta con la gallina que contempla sus pollitos, o avecitas menudas y vistosas, ponen la nota viviente en ese orbe subjetivo, onírico, floral, pacientemente delineado, con minucioso primor, a través de una técnica extraña cuyo esfuerzo se esconde tras la inocencia sosegada de los motivos, en los que cuesta advertir la lucha contra las dificultades de un estilo pictórico muy diferente del que se utiliza en el arte occidental. El trazo es todo, en la pintura china: el trazo que brota de la inspiración de cada individuo, es un ímpetu, un impulso del alma, irreplicable, intransferible. Nace de una vez y para siempre; no puede rectificarse, desandarse lo andado. Es, al mismo tiempo, un movimiento de la mano y una vibración del espíritu.

Por eso en este universo de papeles pintados que nos rodea, alienta el sugestivo

efluvio lírico de una pintura poética, con el sentido que subrayaba Su Tong-po, ilustre poeta de la dinastía Song, en el poeta Wang Wei, de la época Tang: "En la pintura de Wang Wei hay poesía, en la poesía de Wang Wei hay pintura". Porque — y también es chino quien lo cantó así — "Las poesías perfectas son los únicos monumentos que desafían a los siglos". La poesía como fondo, la caligrafía como técnica, la pintura como presentación estética de ambos elementos, coadyuvan a la perennidad del arte remoto, que hemos visto acatado con tanto ahínco por un grupo de adeptos uruguayos. El centro de sinología para América Latina, que el Dr. Siao-Yu anhela afianzar en nuestro país, tiene sustento en estas realizaciones auspiciosas, que al hacer del alumno el depositario de un patrimonio cultural, lo convierten en la gran biblioteca viviente en la que se actualiza y vuelve humano el pasado.

Y la importancia de esta exposición de compatriotas especializados en estudios sinológicos, consiste en demostrar que no es imposible la fusión de dos mentalidades distintas, fusión documentada en esas pinturas que no podemos juzgar con nuestro criterio de occidentales, pero que deparan un deleite para la fantasía y la encaraman sobre una de



Pintura sobre seda, de bello colorido, y caligrafía, pertenecientes a la señora de Pilz.

esas montañas altísimas donde se aislaban para meditar los monjes budistas hace miles de años.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Motivo de garza, de la señorita Ramírez.



Sugestiva rama de "mei-jua" con nieve y luna, tres símbolos de pureza, realizada por la señorita Flor de María Pérez.

DON Arquímedes de Souza Pimentel poseía inmensos campos de éste y del otro lado de la frontera, que heredó de su abuelo paterno, el Comendador Aquiles de Souza. Era un auténtico caballero rural, solterón y grave. Todos los días buenos montaba uno de sus hermosos caballos y con un negro a la zaga recorría por turno el rosario de potreros que la hacienda tenía; los malos se recogía en su escritorio y allí miraba revistas encuadradas o ponía a funcionar un fonógrafo cuya gigantesca bocina constituía un misterio para las mulatas que limpiaban la casa. En verano vestía de blanco immaculado, en invierno de immaculado negro; y botas de finísima cabritilla o charoj rutilante con espuelas de oro labrado.

Era rígido con la servidumbre y con la peonada, haciéndoles saber siempre que su abuelo fue el Comendador Aquiles de Souza.

Cada dos años llegaba el cura, con el fin de bautizar a la gurizada del nago, y ayuntar cristianamente a algunos mozos. Se reunían allí los vecinos y autoridades del lugar, en un gran almuerzo que ceremoniosamente presidía don Arquímedes; de tarde se celebraban los actos religiosos.

Ese día, pues, las porteras de aquella fabulosa hacienda dieron paso a una multitud que llenó habitaciones, galpones y patios. A mediodía en punto sonaron los certeros anunciando el almuerzo. Entre el jardín y las piezas del frente se estiró la mesa tapada con mantelitos blancos duros de almidón y plancha. Don Arquímedes, flanqueado por el cura y el juez de paz, ocupó la cabecera. En estos acontecimientos vestía de gala: un frac coludo, camisa de tersa pechera, zapato espejeante. Atravesándole el pecho la banda del Comendador, su abuelo, que él guardaba como fortuna y reliquia venerada y las medallas del mismo, obtenidas en justas diplomáticas o en triunfos guerreros.

Bien.

Se había llegado ya a los postres que constituían enormes tortas rellenas, tapadas de untuosas compotas y blancos merengues, cuando ocurrió la catástrofe. Un mulatito travieso, que corra del hacendado comía entre sus padres, se enrabió con otro muleque que frente a él estaba, y en un súbito arranque le disparó su plato con más de medio postre. Desvióse el plato al chocar con un jarrón de refresco y se aplastó en el mismo pecho de don Arquímedes. Banda y medallas quedaron desaparecidas bajo la pegajosa masa de jaleas entreveradas y de huevos batidos. Petrificáronse todos. El señor de Souza, inmóvil, midió toda la dimensión del cataclismo. Y comenzó a empalidecer gradualmente, gradualmente... hasta quedar lívido. El mosquerío tañía la única cuerda en aquella silenciosa angustia que se hizo. Al fin, el hacendado dijo con voz tenue, pero firme, a su vecino de la izquierda:

— Señor Juez, esto precisa justicia.

Y el señor Juez respondió:

— Sí, señor.

— Hay que enjuiciar a este mulato bandido.

(El mulato bandido apenas llegaba a los ocho años.)

— Sí, señor.

Se aprontó una mesa. Junto a ella se sentaron don Arquímedes, el cura, el juez y el comisario; frente a ellos, temblando de espanto, el mulatito; y un poco distantes su padre y hermanitos, haciendo un grupo dolorido y horrorizado.

— Señor Juez — inició el juicio don Arquímedes —. A este sujeto malvado que aquí está aplastado por el peso de su crimen, yo acuso de haber estropeado, manchado, casi finalizado las condecoraciones y la saerada banda de mi finado abuelo, el excelentísimo Comendador don Aquiles de Souza, personaje histórico por su inteligencia y por su coraje. Yo pido a su señoría castigue con su autoridad en lo que deba y merezca este criminal.

El juez dijo:

— Reconozco la acusación de su excelencia; y poniéndole el cartabón de mi título condeno a veinte y cinco años de cárcel a este forajido, con cepo cimarrón en algún soslayo.

Hízose un silencio profundo sólo quebrado por los sollozos de la madre del condenado. Entonces habló el comisario, don Lino Quincoces. Era un hombre maduro, de pera tordilla, sutil conocedor de flaquezas humanas, hombre bueno, recto, un poco duro y con cierto humor fino y cortante:

— Este guri jue, sindudamente, el que tiró el plato que emplastó los trofeos de don



La banda y las medallas de Don Arquímedes de Souza

Arquímedes. Pero no deja de ser un dientes de leche, sin más responsabilidad que la de un cuzco o la de un gato de dos semanas. Sus mayores, en todo caso, tendrían que responder por él...

El juez, que vio torcida su autoridad, se amoscó. Pero conoció la razón de aquello. Dijo:

— Está bien, se reconoce este alegato. ¡Condeno al padre de este mulatito, que es Finico Mieres, aquí presente, a los veinte y cinco de cárcel con el adorno del cepo y demás yuyos!

El comisario terció:

— Hay que saber primero si este guri se crió abajo e'la ley del padre. Finico vive de tropa en tropa, sin descanso, ya pica-neando bueyes, ya areando ganao, don Arquímedes no le afloja el trabajo, no le ha dispensao entodavía una licencia...

Medio se estiró el hacendado. Pero lo dicho por don Lino le pesó como verdadero. Miró al juez. Y el juez habló:

— Está bien, se reconoce el alegato. Condeno, pues, a la madre de este mulato, que es Rosa Pellejero, aquí presente, por no haber sabido dar el camino con que todo hombre debe romper la marcha de su vida, a los veinte y cinco y demás.

La voz del comisario se alzó otra vez, mansa y punzante:

— ¿Qué camino le puede dar esta pobre parda que, a más de parir cuasi dos por año, atiende cama y comida, planta en una cuadra y lava de sol a sol, cuatro días de la semana, los mulambos de tres familias pa' ver de dir aliviando el vivir?

Luego de una breve abstracción — dentro del callar que se hizo — el juez, temblando de ira su acento, exclamó:

— Y dígame una cosa, señor Comisario: hubo delito, tiene que haber condena. ¿A quién quiere, pues, que se condene? ¿A usted? ¿A don Arquímedes de Souza? ¿Qué dice a todo esto, don Arquímedes?

— Yo digo lo que su señoría acaba de decir. Mis bienes mayores, que son la banda y las condecoraciones de mi iustre abuelo, han sido manchadas, dañadas, y ofendidas por este muleto. Esto, que considero crimen, tiene que ser castigado. ¿O es que

los crímenes no se castigan, señor don Lino Quincoces, comisario correspondiente a esta jurisdicción?

Don Lino se acomodó en su banco, atizó el chaludo que fumaba, tosió y manifestó:

— Si señor, alguien tiene que ser castigado con la vera de la justicia. ¿El mulatito? No. Eso sería como dejar desnudo a un mamón tallándole al monte. ¿Sus padres? No, por la razón que dije y que naides levantó. ¿Quién, pues?

Nadie dijo nada. Y como nadie dijo nada en tres minutos que pasaron, siguió don Lino:

— Este guri, como todos los de este pago, no ha tenido más escuela que la de los rodeos y de las majadas, ni más maestros que los perros y los chanchos que viven entreveraos en su rancho. Yo mesmo, yo mesmo en persona, vine una vez a ver a don Arquímedes, aquí presente, mandao por una comisión del pueblo, a pedirle que levantara una escuela, en su campo y que trujera un güen maistro pa' dir lustrando a tanto guri como hay, que se van criando a lo zorro o a lo ñandú. ¿Y qué me dijo? "No precisase letra ni número para lidiar con toro o carnero. Se precisa piones y no doctores, hombres que sepan de lazo y no de leves". ¡Ahí tiene el pago de eso en su pechera, canejol!

Tomó resuello el comisario, luego chupó el cigarro y después siguió:

— Yo sé mejor que naides que el campo pide campo, quiero decir vivientes que lo entiendan. Pero un cristiano no es un bicho. Hay un sentimiento que jo da la madre, otro el padre: pero se necesitan otros que nos sepan hacer medir justamente el valor de cada uno, lo que somos y no somos, lo que valemos y no valemos. Eso no se aprende con los chanchos ni con los perros. ¿Su reñelo no fue Comendador, don Arquímedes? ¿De ande sacó ese título? ¿De una escuela o de un corral?

Otro impresionante silencio. Don Lino terminó con sonora voz:

— Levante una escuela, don Arquímedes; traiga una maistra facultativa y cariñosa, dele de su gobierno rubios, pardos y negros, que pasen por un cernidón ni muy cerrado ni muy abierto, y ya verá cómo dentro de dos

años, en los bautismos y casorios que se hagan, ningún mulato le va a manchar la pechera. ¿Y quién le dice que de esa escuela no pueda salir otro hombre como su agüelo, igual a él en prietas? ¿Qué más orgullo y título pa' usted que venir de un comendador y ayudar a hacer otro? Y mire; hablando de pechera, esa banda y esas medallas que usted se acomoda en las fiestas, no pasan de ser trapo y lata. Lo que valió fue su agüelo, al que supe hombre alto, encumbrao, guapo, sabedor projuendo y, sobre todo esto, hombre de bien. No hay cinta ni trofeo que emparede cualquiera de estas virtudes, don Arquímedes. No tenga pena en hacer tirar a la basura esa pechera y lo que arriba tiene todo empastelao, porque no hay blanco, ni mulato, ni negro que pueda empastelar lo que fue su agüelo. Y mire: si este guri hizo mal en tirar el plato, usted hace peor en querer condenarlo, por tuito lo que dije y porque usted, nieto de un Comendador, tiene que ponerse y estar por encima de este mulatito como cien iemes... y porque usted tuvo su güena crianza y él no. Y no digo más, señor juez.

Don Arquímedes había caído en una honda meditación. Después, saliendo de ella, habló de esta manera:

— El señor Comisario tiene razón; su alegato ha sido sobresaliente, tal vez sea la primera verdad verdadera que me han dicho en mi vida. Yo no soy nada más que nieto de un ilustre Comendador. ¡A ver, Macaria, tire todo esto a la basura y traiga otra camisa!

Y en un santiamén se despojó de su pechera dura y de su banda y medallas, entregándolas a una negra que allí fue a su llamado. Y terminó:

— ¡Dentro de dos años, en la primera fiesta, inauguro una escuela, señores!

Entonces don Lino se abrazó a él con los ojos húmedos de emoción.

Todo el mundo lloraba. No era para menos.

José MONEGAL

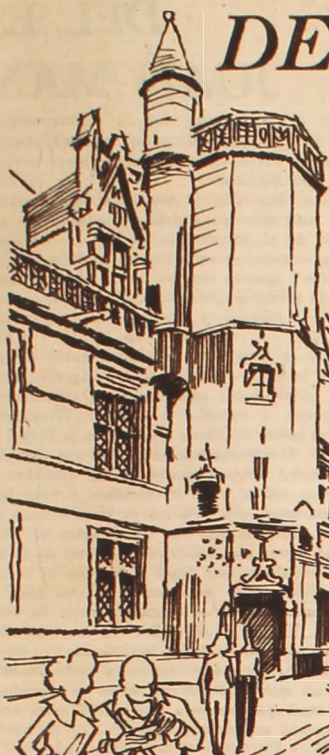
(Dibujo del autor)

(Especial para EL DIA)

EL MUSEO DE CLUNY

(PARIS)

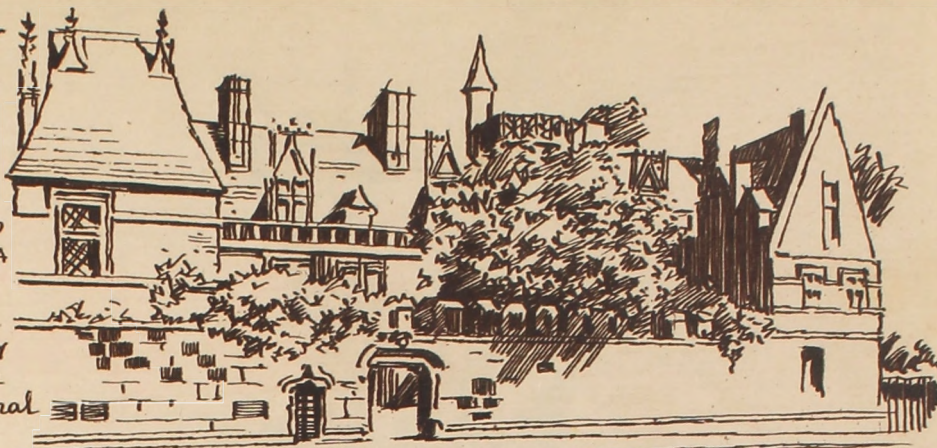
Dibujo de PIERRE FOSSEY



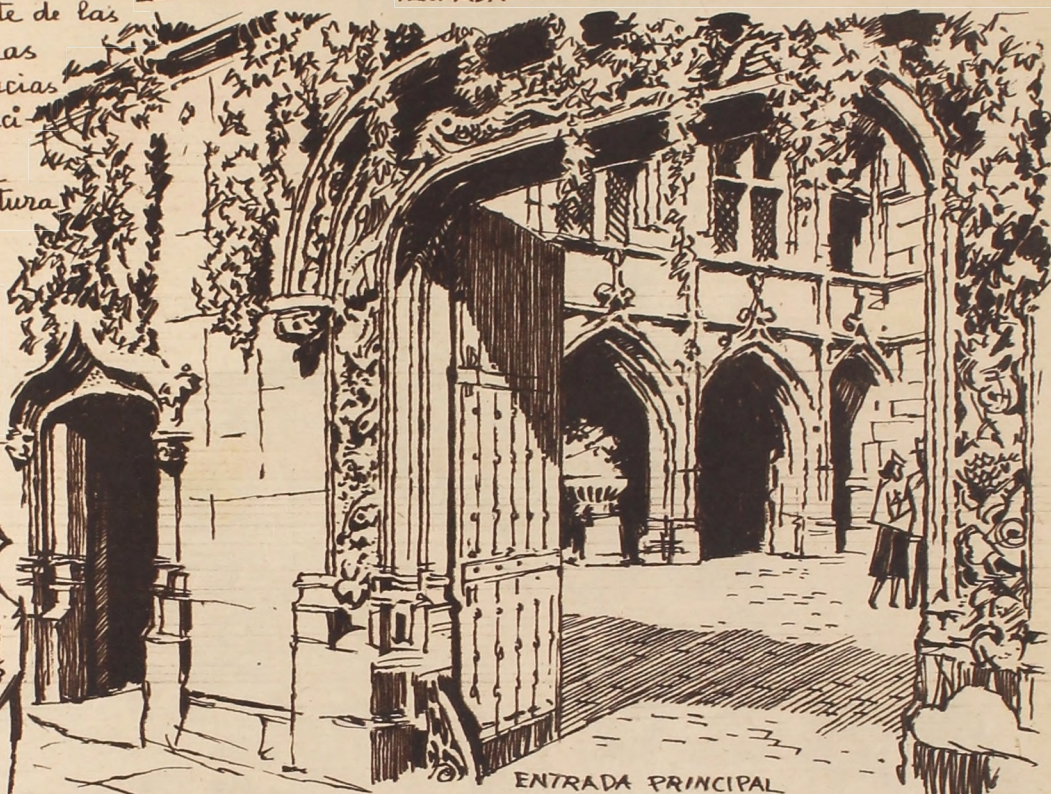
En este museo se conservan productos industriales y artísticos de épocas antiguas. Allí se puede ver una maravillosa colección de armas, trajes, encajes, muebles, joyas, esculturas, marfiles, esmaltes, porcelanas, instrumentos de música, herramientas, objetos sacerdotales etc..

Situado en el barrio latino frente a la SORBONA este palacio fue empezado por el abate de CLUNY y terminado en 1490 por el cardenal de AMBOISE.

Es un hermoso exponente de las primeras influencias del Renacimiento sobre la arquitectura gótica.



FACHADA Rue de Sommerard.



ENTRADA PRINCIPAL

PIERRE FOSSEY



CAPILLA. En las paredes las 17 tapicerías de la "LEGENDA DE SAN ESTEBAN" trabajo del final del siglo XV ejecutado en ARRAS



GRAN PATIO Y ALSIBE.

ANIVERSARIO DEL ESCULTOR JUAN MANUEL FERRARI

EN la madrugada del 31 de octubre de 1916, dejaba de existir en la ciudad de Buenos Aires, el escultor compatriota Juan Manuel Ferrari.

Solo cuarenta y dos años había vivido. Lo suficiente para dejar plasmado un símbolo de su impetu artístico y de su vuelo imaginativo: el monumento al "Paso de los Andes", que se levanta en lo alto del cerro de la gloria en Mendoza, al que supo inculcarle la fuerza y exuberancia de una cruzada heroica.

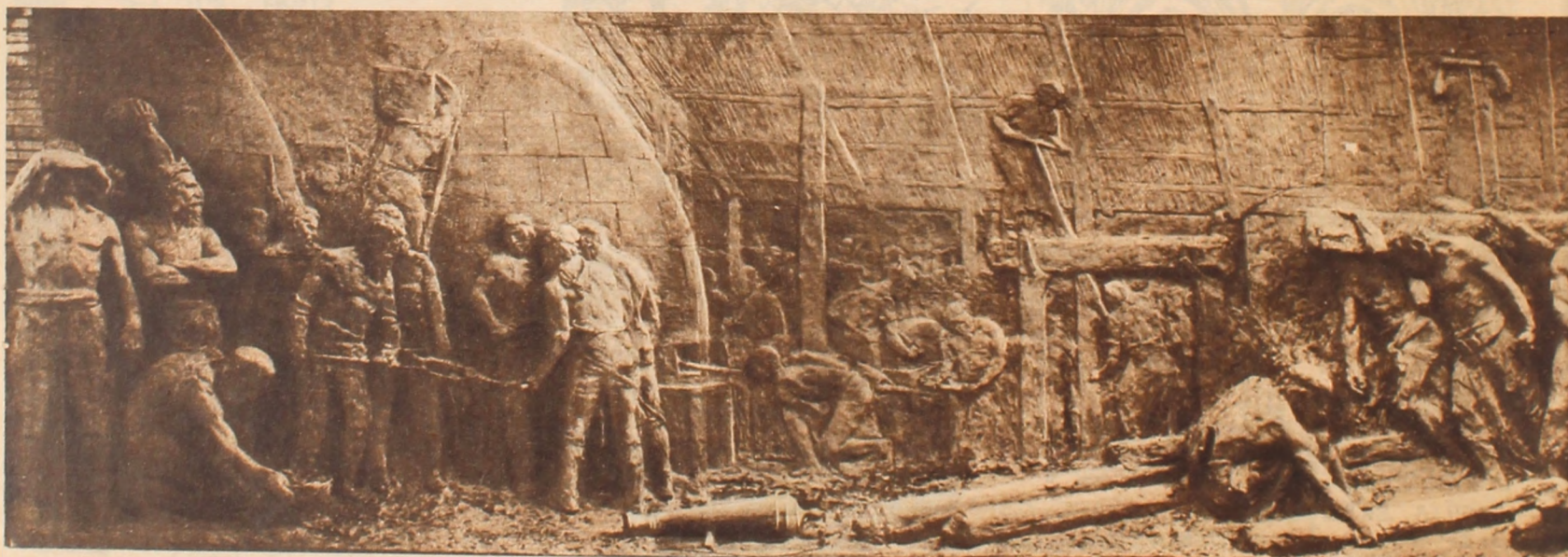
Desde muy temprana edad había despertado en él la vocación que le llevaría, luego de hacer mano con pequeñas estatuillas y retratos, a estudiar a Europa; afincándose en el taller de Ettore Ferrari en la Roma del 1890. Usufructuando una beca del Gobierno Nacional llega hasta el Real Instituto de Bellas Artes, y es el escultor Ercole Rosa el maestro que deja en él huellas más fértiles. Es allí que sus condiciones se abren paso y van ejerciendo un dominio en la ejecución, de la que llegó a ser con el tiempo un consumado maestro, y a dos años de ingresar obtiene el Primer Premio de escultura. Vuelve y se radica en Buenos Aires. Abre su taller, donde su carácter, completamente reservado, reacio a toda manifestación que le destacara, halla la aureola de quietud que necesita su espíritu para crear. Su vida se reparte entre viajes a Montevideo y Europa, a la que vuelve en 1915.

Ya es el escultor de vibrante modelado, que si bien en sus pequeñas obras entreteje la realidad de las formas, aplicándose en la realidad de su campera y no en el notablemente como monumental en su estatua a Lavalleja, que en la ciudad de Minas se emplaza. Es el escultor que idealiza, que interpreta notablemente aquel histórico momento donde el valor define la gloria: "Carabina a la espalda y sable en mano". Y es un impulso de huracán, sofrenado el movimiento, que mantiene fuera de la lórica la horizontal de la cola del bruto. Es Ferrari el artista que dice ante las críticas que ello promueve: "Yo hice un caballo escultórico".

Y es el mismo que respetuoso de la verdad histórica, contesta: "Yo no profano la Historia y no hago más Güemes que en lo que en ella está escrito", cuando una Comisión rechaza un boceto para el monumento al General Güemes que el artista evoca en la realidad de su campera y no en el uniforme riurioso que ponen por medida los encargantes, ya que aquél jamás lo había usado. Es el íntegro hombre que no se deja engalanar por el título de caballero que el Gobierno italiano le concede y rechaza por un principio de integridad bien asentado en su espíritu. Y es el mismo que corona la cordillera con una de las máximas obras de América: la proeza del General San Martín.



Monumento al Ejército de los Andes.



Bajo-relieve del Monumento.

LA MUERTE POR FERRARI

una obra monumental, abierta en su
ción a la cima de la admiración. Es
ico monumento que representa el
símbolo y la lucha, es el sacrificio
victoria, el ímpetu de la batalla por
tad y el grito triunfante de ésta. Es
ación hacia el esfuerzo supremo, la
lidad que hiende el espacio y se abra-
como al abrigo de lo infinito. En la
on, en la técnica, denota el escultor
llegado al dominio de la forma, a la
ón de los grupos en la composición
armónica conjunción de la idea y la
interpretadas por el modelado vigo-
fuerte, lejos de la pesadez en que
caer, un conjunto que no estuviera
ado magníficamente por una dispo-
equilibrada y sólida a la vez. Y más
emplazado en la plazuela de Agracia-
alicia, el "Prometeo encadenado", un
le Roma en 1893 y que adelanta la
ación bebida en las fuentes de Italia,
ne no deja de ser patrimonio de su
lidad, al mantener una rara livian-
do grado de rotunda forma que no evade
a de las reglas clásicas. En el con-
monumento a Artigas, comparte el
premio con el italiano Zanelli, que
a el triunfador, luego de una instancia
do grado, otorgándosele el segundo
aj escultor compatriota.

Y son sus obras emplazadas en
necrópolis, de una técnica y sentido
composición que mantienen la caracte-
a de dichos monumentos. Se puede
cer entonces cómo conoce a fondo la
y el desnudo. Si bien éstos apoyan
concepto sentimental, muy a propósito
uego en la época que los realizó, y la
que configura el carácter de encargo,
siempre llevan establecidas medi-
expansión del artista, por otro lado
ecia su valiente modelado y la seg-
extraordinaria para jugar los músculos
ultura, ligados entre sí. Puede admi-
u dominio del movimiento y de las
es siempre sobrias, sin exageraciones
ciles y corrientes en los escultores de
nero. Pero Ferrari era uno de los ar-
ue abarcaban una escala que, aunque
imada, podía lograr obras de diversas
rias, sin salir jamás de su bien estu-
escuela, podríamos decir estilo... y
a difícil llegar a él cuando se volvía
ropa!

te los mausoleos que recordamos, po-
citar el de la Flia. Gallinal en el Ce-



Monumento ténébre, sepulcro de la Familia Santa Ana (Fotografía Beethoven Parallada).

menterío Central, el sepulcro de los bom-
beros en el Buceo, el de la Flia. de Rafael
Manzoni y uno de los más bellos, el perte-
neciente a Arturo Santa Ana. Podríamos
citar los de Richardson en Mercedes y luego
esas pequeñas obras y bustos tan bien cap-
tados como modelados, con riqueza y espo-
ntaneidad de las que aflora la expresividad
del "esgrimista", "el lechero", "el cafetero
San Román", el busto de Hermenegildo Sa-
bat y tantos otros bellos exponentes de esas
obras calificadas de intimistas, donde el ar-
tista pone de sí tantas reservas sentimen-
tales y emotivas, a flor de una sensibilidad
que se manifiesta en el movimiento de la
espátula agitada, que incide en el barro con
sabia determinación.

En el llamado a bocetos para el monu-
mento conmemorativo de la Independencia
Argentina, logra el segundo premio, a pesar
de no haberse ajustado a las características
solicitadas según el jurado.

Juan Manuel Ferrari, que fue pensionado
por el Gobierno, como dejamos dicho ante-
riormente, envió obras que notificaban de su
serio estudio, que iba compenetrándose de
las cualidades innatas que él poseía y asi-
milando en aquel medio de Arte, siglos de
enseñanza que conmovieron a tantas nota-
bles generaciones. Nuestro país, aún pe-
queño, tuvo sus artistas que se identifica-
ron con aquel mundo que pudo anular, dada
su inmensidad, las vocaciones de lejanas tie-
rras que llegaban a sus fuentes. Sólo los
artistas de temple, de condiciones, pueden
sobreponerse, y Juan Manuel Ferrari fue
uno de ellos, cuando en el medio actuante
de su patria, poco se sabía de él. Si es
cierto que la influencia como a tantos ganó



Monumento a Lavalleja, levantado en la plaza central de la ciudad de Minas.

en parte su arte, no pudo penetrar en la
estructura misma de su modelado y más,
de su espíritu, que se mantuvo con fuerza
de individual contextura, en una medida que
le acusa con su marcada dosis de persona-
lidad. Hoy, a tantos años, es bueno reme-
morarle, si por el homenaje que deseamos
brindarle en este aniversario, también como
ejemplo de vocación y lucha, de severas dis-

ciplinadas impuestas por su propia dignidad
de artista, por la responsabilidad que supo
encarar el camino difícil, escabroso, en un
medio que en principio no fue lo suficien-
temente atento para sus dotes.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



"Prometeo encadenado", escultura instalada en la Avenida Agraciada.



Escultura de los Andes.

SAN JOSE: Un pueblo de estirpe asturiana

SUS PRIMEROS HABITANTES FUERON

5 GALLEGOS, 24 CASTELLANOS Y 187 ASTURIANOS

TODAVIA no se insistió debidamente en la importancia de los distintos subgrupos culturales y étnicos del Uruguay, singularmente en la de aquellos que proceden de la conquista pacífica, y de los cuales es uno de los ejemplos más típicos la fundación de San José y la de Minas.

Ambos pueblos son el resultado de aquel afán del gobierno español de finales del si-

glo XVIII, de lanzar sus hombres a la dureza y a la inclemencia sin reparar en los medios y con el único fin de extender el imperio geográfico y, en su virtud, el poderío económico de la Patria. Y el objetivo más codiciado, eran las tierras inhóspitas y recias de la Patagonia; donde sólo pudieron sobrevivir y hacerlas feraces, hombres de la entereza y de la fibra de un D. José Menéndez, asturiano, que convirtió la "tierra maldita", en escuelas, poblaciones, caminos, empresas, barcos... riqueza.

Con este destino salió del puerto de la Coruña el cargamento humano de un bergantín y de una fragata de igual nombre — "Santa Ana" — que arribaron a Montevideo el 29 de setiembre y el 30 de diciembre de 1782, respectivamente, y a cuyas familias, la gran humanidad de un buen virrey, D. Juan José de Vértiz, que había decidido fundar en el Uruguay los pueblos de San José y de Minas, trocó lo incierto por lo seguro, lo cruel por lo soportable.

No existe entre los historiadores — de la Sota, Araújo, Oyarbide, Bauzá, Caputi — de este bellissimo episodio de la expansión hispánica, unanimidad ni en cuanto a la fecha de su acaecimiento, ni a la procedencia ni número de familias y personas que tomaron parte en la colonización de San José, a la que nos limitaremos, concluyendo que no tuvo lugar ni en abril, ni en mayo, ni en junio, sino a finales de agosto de 1783; como dedujo Jones Brown.

Decretada la fundación se comisionó para ello a D. Eusebio Vidal, Teniente de Dragones de Almanza de S. M. Católica D. Carlos III de España, y se le destinaron 52 familias, de las cuales sólo dispuso en un principio de 46, y tres solteros, completándose la cifra a partir de marzo de 1784 con seis familias más, procedentes de San Julián de la Costa Patagónica.

De ellas sólo dos, las de Santiago Domínguez y Tomás Varela, formadas por cinco personas, eran de Galicia; cinco, las de Manuel Baillo, Manuel Hernández, Benito Pérez, Francisco Alonso y Diego Bardin, que sumaban 24 individuos, eran castellanas, y las restantes, con un total de 187 almas, procedían de Asturias y sus nombres también nos son conocidos (1). Dado, pues, este porcentaje, es todavía difícil explicar por qué a los oriundos de San José se les conoce con el sobrenombre de *maragatos*; aunque bien pudiera ser por pertenecer a esta región los castellanos mencionados.

Llegados al lugar, se efectuó la distribución del terreno entre cada familia bajo la dirección del agrimensor D. Juan Porcel de Peralta, de acuerdo con las disposiciones de la legislación de Indias y otorgándose a cada una un solar en el pueblo de 25 varas de

frente por 50 de fondo, y una suerte de chacra en sus inmediaciones con 200 varas de frente por 800 de fondo; dándoles además 50 pesos a cada una para costear su rancho en la población, una yunta de bueyes, un caballo, un arado, una azada, una pala, un azadón o pico y una fanega de maíz o trigo para cada cuadra de tierra — a los que acreditasen tenerla cultivada — y algunos porotos distribuidos en trigo, maíz y porotos, según pidiesen o les acomodasen sembrar.

llegar a darles carta de naturaleza entre la vecindad; por iniciativa y solicitud al Cabildo, el 28 de febrero de 1809, de su Alcalde D. José de la Riera, con "el trato y el ejemplo de los asturianos" — afirma Rafael Sienra — los indios reducidos llegaron a perder sus costumbres primitivas, y su sangre... a mezclarse con la de los conquistadores, de cuya unión nació el tipo gaucho".

No fueron sólo éstos los asturianos esta-



Don Eusebio Vidal, Teniente de Dragones, comisionado para dirigir la fundación de San José. (Fot. del Museo Histórico.)

A esta ayuda unieron su esfuerzo, su estímulo, y su laboriosidad, aquellos hombres, y el pueblo fue surgiendo primero con ranchos pajizos y luego los edificios de azotea que aún se ven en la plaza Treinta y Tres. Y sobre el rancho que se destinara al culto, levantó su fe sencillo templo. Pero el reparto no había sido equitativo ni conveniente, y al poco tiempo los vecinos de San José solicitaron a través de su alcalde, D. Manuel Fernández, asturiano, diversas mejoras urbanas.

Ese mayor porcentaje de cultura astur, y su gestión al frente de la municipalidad, dejó huella además de en la hidronimia, en el folklore religioso, en tipos como el *argentón Farruco* y el *cabo Juan Peláez*, y en una manifestación bien peculiar, la *hidalgo-manía* que aparece en los protocolos, a instancia de algunos oriundos de Morcín. Pero, donde más se singulariza su influjo es en la proyección exterior, tolerancia y convivencia con que fueron admitiendo entre ellos a los indios, reduciéndolos a la obediencia y al trabajo, facilitándoles incluso ropas y la satisfacción de otras necesidades, hasta

blecidos en San José. Por las tierras limítrofes que integrarían el Departamento de su nombre, se afincaron otros labradores y hacendados, anónimos en su mayoría; pues sólo de unos pocos, como de 5 familias empadronadas en 1835 en el Partido del Buzo, y de 4 en el del Pavón, nos son conocidos sus nombres; a tenor del correspondiente documento del Archivo General de la Nación.

En consecuencia, al valorar la importancia de los extractos culturales de San José, hay que tener muy en cuenta primordialmente la influencia astur, seguida de la castellana y, en última instancia la gallega, que era precisamente la que por ahora se venía exaltando como principal.

J. L. PEREZ DE CASTRO

(Especial para EL DIA)

(1) Los nombres de los primeros pobladores asturianos de San José, pueden obtenerse del trabajo de Alberto Jones Brown ("Revista Histórica", t. IV pp. 817 a 850) así como que suprimir de ella los comprendidos en los ordinales 12 y 20.

RECUERDE U.D.

El Hogar



LA SUPER CERA

QUE LIMPIA

DA COLOR

ENCERA Y

DESINFECTA

SUS PISOS.

CLINICA DENTAL YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

CUIDE SU DINERO REPARE SU

CITROËN o RENAULT



En un Taller Especializado Personal con más de 10 Años de Experiencia

Stock Permanente de Repuestos
Pintura, Lavados, Engrases, Mecánica, Electricidad, Chapa

GARCIA VARELA Ltda.

GALICIA 1428 Y MEDANOS - Tel. 40.45.30

ATHERMOLIT



A ISLANTE

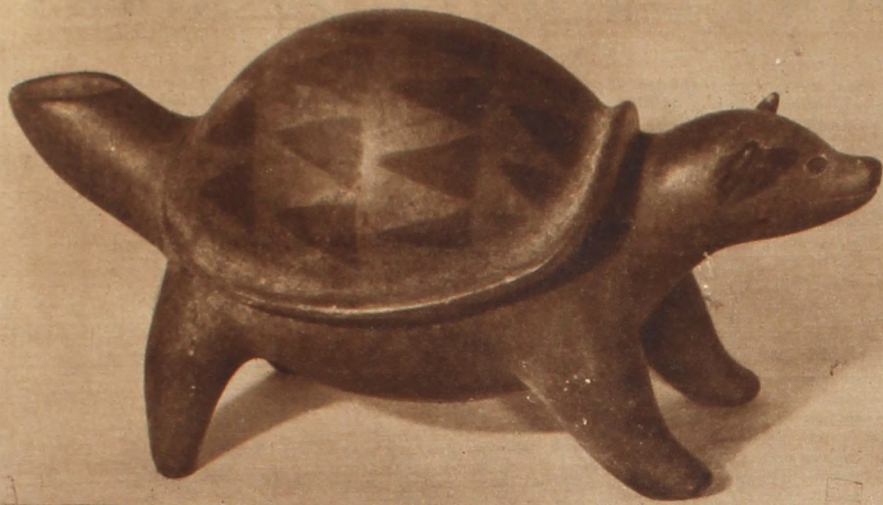
TERMICO Y ACUSTICO

BALVIMON S. A.

PROPIOS 2747 Tel. 5 58 09



Las inclemencias e incomodidades de la navegación no alteraban el buen ánimo de estos emigrantes que vemos sobre cubierta.



1 Vasija zoomorfa. Caparazón ornamentado con motivos triangulares. Cultura Occidente de México.



2 Lápida en piedra basáltica, símbolo calendario del dios del pulque. Cultura mexicana.

EL DESARROLLO DEL ZOOMORFISMO EN EL ARTE INDIGENA

El zoomorfismo es parte importante en el arte prehispánico. Debemos, ante todo, señalar aquellas piezas que se asoman ante nuestros ojos, como el producto de una representación de la realidad y las que son producto de un estado mítico-religioso. Observaremos a tal efecto, como el artesano desarrolla una idea, a veces con libertad absoluta, mientras en otras, se encuentra frente a lo determinado, a lo impuesto. Sin dejar por ello de lograr obras de gran valor estético, pero que merecen una interpretación más profunda, en comparación con aquellas que aparecen con tono casi "familiar".

Así por ejemplo, en la figura N° 1, el cuerpo de un armadillo ofrece motivo al artesano para realizar su vasija. Es una adecuación del concepto zoomórfico al utensilio, sin deformar por ello la figura del animal. Aparece sobre su caparazón, una decoración triangular que no puede explicarse como un concepto mítico, no es tampoco una interpretación causal de la realidad; en este caso del armadillo por cuanto aparece reproducido tal cual se ve en la realidad, salvo la decoración, ella responde —y se atestigua inmediatamente— por la propia función de la pieza. Pero cuando el artesano responde a cánones más sustanciales, es decir, cuando la forma del animal no es la representación de la realidad, sino que involucra valores que superan el mundo sensible, para limitar el contenido en un mundo extrarreal, descubrimos precisamente que el tema mítico-religioso va en aumento. El último concepto se diría, no es tan notorio, ya lo veremos en otras piezas, pero en cuanto al primero es fácil advertirlo. Veamos la figura N° 2. Se trata de una piedra basáltica con el símbolo calendario OME TOCHTLI o sea el nombre del dios del pulque. No estamos en presencia de la representación tal como puede aparecer en la vida real el conejo, sino que es el significado del conejo, en su calidad de saltarín y más aún, en su condición de animal que vive abajo del maguey y se alimenta de dicha planta. Todos sabemos que de esa planta se obtiene el pulque y que éste constituyó en el mundo precortesiano "no sólo un licor y un intoxicante ritual, sino un alimento nutritivo", a decir de Vaillant. Estamos pues frente al dualismo, elemento que asoma en todo momento siempre que se interne persona alguna en la selva misteriosa del acontecer precolumbino.

No interviene el motivo conejo como especie animal, sino como símbolo y nexo entre la planta y el ritual, o más aún, entre la planta que abastece y el dios pulque que determina una situación.

Pero tal vez no sea éste el ejemplo donde el proceso tiende a verificar con más autenticidad el valor símbolo o mítico.

Observemos la figura N° 3. Es la representación de Quetzacoatl bajo la forma de hombre-tigre-pájaro-serpiente. Es — para una aclaración — un fragmento del fresco

del Palacio de Zacuala, en Teotihuacán, México. Comprobamos la presencia de tres animales, que conjuntamente con el hombre determinan la existencia del dios Quetzacoatl. Analicemos brevemente. Todos sabemos cuánto importó la presencia y la vida de esta divinidad en el mundo prehispánico. Se le sabe fundador y civilizador del mundo nahuatl y con el nombre de Kukulkar, lo fue para los mayas. Todo un héroe que orientó a millares y millares de hombres, poseídos de un terror cósmico y que mediante el influjo de ese personaje se levantaron obras comparables a las mejores construcciones del mundo antiguo. Para transmitir fielmente la idea de grandeza del dios Quetzacoatl, para asombrar —pues ese ha sido siempre el concepto de los sacerdotes nahuatl o mayas— a fin de atraer al hombre y exigirle tareas inauditas, fue necesario reunir tres de los animales que, si observamos detenidamente las obras plásticas prehispánicas, los encontraremos ya en su representación naturalista o en forma

estilizada. Al iniciado puede chocarle la figura. Mas si nos adentramos en su concepción, resultará fácil su explicación. He aquí, pues, una divinidad sostenida y vigilada por tres valores zoomórficos. Parece desde luego un mundo intrigante; de intensidad de sueños. Pero en su interior cobija un alto concepto religioso. Es la presencia "del salvador y del hacedor" a decir de las fuentes nahuatl; es Quetzacoatl que está presente y sus servidores, mediante sus respectivos símbolos, custodian su presencia.

Este mismo motivo, servirá al artista precolombino para imponer una decoración en un tablero arquitectónico. No sólo se trata de imponer la presencia de la figura tutelar del mundo indígena, como faro que ilumina y orienta, sino que a través de tal concepción se traduce también el elemento artístico. Y vemos el motivo constituyendo una cenefa en uno de los tableros de Tula. Obsérvese como se repiten las guardas. Mediante la intercalación se obtiene el ritmo acentuado, es decir, la reiteración del

motivo. El cual, en este caso, estaría formado por la figura de los jaguares (observando de arriba hacia abajo) en distintas posiciones y luego el motivo propiamente dicho del dios Quetzacoatl, que hemos visto en la figura N° 3.

En próximo artículo desarrollaremos el tema referente al zoomorfismo, y observaremos cómo el artesano, a través de un mundo más ilimitado, donde el simbolismo no lo aprisiona ni lo conquista, logra verdaderas obras de arte.

J. Rafael ROMANO MAINENTTE.

(Especial para EL DIA).



3 Representación de Quetzacoatl bajo la forma de hombre-tigre-pájaro-serpiente.



4 Tablero decorado con jaguares y representaciones de Quetzacoatl.

NOVELISTA, biógrafo y poeta, Manuel Mujica Láinez posee una de las más ricas y originales personalidades de la actual literatura argentina. Iniciado en 1936 con un libro de ensayos, creemos que las obras que mejor lo representan son la novela "La casa", los cuentos coordinados de "Aquí vivieron" y de "Misteriosa Buenos Aires"; las tres "nouvelles" de "Los ídolos" y sus biografías de Aniceto el Gallo y de Anastasio el Pollo. Su bibliografía es más extensa y en ella figuran las novelas "Los viajeros" e "Invitados al Paraíso", en que reanuncian algunos personajes de "La casa" y de "Los ídolos". En verso, es autor de un extenso "Canto a Buenos Aires". Mujica Láinez posee una auténtica sensibilidad le-

ESTAMPAS DE BUENOS AIRES

poeta que, a nuestro parecer, logra expresarse más cabalmente en la prosa. Sus novelas, por ejemplo, tan llenas a la vez de realidad y fantasía, estructuradas con tanta sabiduría de novelista, son también obra de poeta.

Nos detendremos hoy en un libro fundamental en su bibliografía, sus "Estampas de Buenos Aires", redactadas en fina y ágil prosa. La capital argentina es uno de los temas constantes en la obra de este autor, que conoce y ama profundamente a su ciudad natal, en la que nació en 1910.

En esta obra comienza el evocador, con la imagen de aquellas "cómodas-papeleras" que podrían también llamarse "cómodas-escriptorios", usuales en muchas casas (especialmente mansiones) a fines del siglo pasado. Cómodas rematadas por un escritorio con tapa, tenían asimismo una serie de cajones en los cuales las amas de casa guardaban sus joyas, cerca de los documentos familiares. En ese mueble, el señor redactaba sus cartas, sus recibos, sus memorias, su testamento. Y cuando transitaba por las viejas calles porteñas, le bastaba tocar el bolsillo de su chaleco y constatar que en él estaba la llave de la "cómoda-papelera" para sentirse tranquilo. Mujica Láinez recuerda también que Buenos Aires es a manera de una gran casa. Y llega a la conclusión de que su "cómoda-papelera" es la plaza de Mayo (los demás muebles de la enorme y antigua casa ya no existen, sólo queda éste). Porque la plaza de Mayo — su Plaza de Armas, su Plaza Mayor, su Plaza de la Victoria — ha cambiado muy poco y casi únicamente de nombre. Y ella guarda lo más vital de la casa: Casa de Gobierno, Municipalidad, Catedral, Archivo, la columna que simboliza Libertad, el Cabildo... y muy cercanamente, los grandes Bancos. Y agrega textualmente: "Quien posea la llave de ese mueble complejo puede reposar tranquilo... hasta que deba entregarla o hasta que se la quiten. Por eso, lo primero que se apresuran a usurpar los tiranos es la llave de la 'cómoda-papelera', lo primero que tienen que ganar es la Plaza de Mayo. Con ese mueble seguro, los demás poco importan. Lo usarán a su antojo, pero 'guay' que lo dejen sin llave!". Y recuerda que sin la llave en sus manos, el tirano debe embarcarse y huir.

Con ojo sutil — luego de repasar la historia de la Plaza de Mayo, tan rica y diversa — considera el escritor que la imagen del Cabildo es, sobre la "cómoda-papelera" a manera de un pispapeo de cristal, "de aquellos que, cuando se volcaban, ponían en los ojos la ilusión de la nieve".

¡Pero Buenos Aires es tan grande, tan enorme! ¡Contrariamente a lo que algunos piensan, hay tanto para ver y descubrir! Y es esto, precisamente, lo que hace el autor del presente libro: descubrir la urbe a quienes quieren verla y quererla. La ve crecer de una manera desordenada, indócil. La recuerda en el siglo pasado, como "un perrazo enorme, echado junto al río, sobre la playa de toscas". Y hoy la desconoce, enfrentándola como a una quimera, porque al viejo dogo familiar le han crecido garres y alas.

Protesta este autor contra los escritores extranjeros que, luego de pasar unos días en la capital argentina, escriben un libro o un artículo repitiendo los conceptos de tristeza y monotonía. Les aconseja que, después de despedirse de sus standardizados ciceros, en el puerto, bajen nuevamente a la ciudad y la recorran ampliamente, de incógnito, no mucho en sus sitios "de turismo", sino, sobre todo, en aquellos lugares donde la porteñidad se refleja de una manera fiel, auténtica. Diez capítulos sirven de guía a quien quiera conocer la poesía de Buenos Aires y sus alrededores. Diez capítulos que se titulan *A lo alto y a lo ancho, Los árboles y las estatuas, Salón y corso, Ventana al Sur, Ventana al Norte, Bajo verdes túneles, Turismo ciudadano, Redescubrimiento de las quintas, El Tigre y Los pueblos y sus crónicas*. Compartimos ampliamente la opinión del autor, refutando la creencia de que Buenos Aires es una ciudad monótona. ¿Puede pedirse mayor contraste que el de su aire madrileño de la Avenida de Mayo y su abigarramiento italiano de las callecitas de la Boca? ¿Hay monotonía en pasar de sus calles porteñas, con reminiscencias parisinas o

neoyorquinas, a esas esquinas tan suyas de Boedo, de Flores, de Belgrano?

Un libro como éste, de un escritor que desde su infancia conoce los árboles y las calles de su ciudad natal, está pleno de imá-

El capítulo dedicado al barrio de Belgrano, no, que se titula "Bajo verdes túneles", continúa en cierta manera la "Ventana al Norte". Entramos también en una zona melancólica: la de la desaparición de las grandes



La Plaza Lavalle, de Buenos Aires. (Dibujo de Marie Elisabeth Wrede.)

genes imprevistos, certeras, como la que, refiriéndose a las viejas mansiones del centro, que conservan las características de sus frentes en los pisos superiores, pero que en su planta baja han sido transformadas en comercios de vidrieras cromadas, multicolores, sin estilo, las compara a "señores de levita y galera de copa, a quienes algún caricaturista les hubiera pintado, en las fotografías viejas, absurdos pantalones de clown".

Pensamos que así como París se divide en dos zonas esenciales, la "rive-gauche" y la "rive-droite", Buenos Aires — tan parecida, en muchos aspectos, a la capital de Francia — tiene su Sena en la Avenida de Mayo, río de inmóvil asfalto que la reparte en dos riberas: Norte y Sur. Sobre cada una de ellas abre el escritor su ventana. Parecería que la modernidad y riqueza de la primera, pudiera quitarle sugestión estética. Pero no es así, porque estamos frente a quien sabe desentrañar bellezas que pasan inadvertidas para el ojo vulgar. Es posible, asimismo, que esta desenvoltura con que el escritor se mueve en una zona que parecería bastante árida e incolore, le venga del hecho de que él nació en esa zona Norte, la vivió y amó lentamente, desde los días de aquella casita de la avenida Alvear y Tagle, donde residía su abuela.

Nosotros, que hemos paseado varias veces, con ocio contemplativo, por las calles de Passy y por las del barrio Norte de Buenos Aires, gustamos de comparar ambos lugares. Sabemos muy bien que el primero, por la pátina de los años y por las muchas casas en que vivieron grandes escritores y artistas, posee mayor sugestión que el segundo. Pero creemos, asimismo, que el barrio porteño supera al parisino en amplitud, en suntuosidad, en homogeneidad.

y antiguas quintas. Con su auténtico espíritu de poeta, Mujica Láinez celebra que Belgrano conserve todavía "muchas de sus características de pueblo, evitando que la metrópoli pantagruética, que lo alza en la palma de su mano, lo devorara totalmente". Evoca nombres de hermosas quintas y también los de escritores y artistas que eligieron ese lugar "provincial y encantador" para descansar, soñar y crear.

Y así van desfilando los principales barrios de Buenos Aires y sus alrededores, siempre iluminados y como redescubiertos por el artista. Versos de Fernández Moreno, de Jorge Luis Borges y también unos alejandrinos muy logrados del propio autor, dan mayor riqueza lírica a este libro. "Porteño irreductible", como a sí mismo se designa, Mujica quiere, no sólo que se conserven aquellos edificios y lugares tradicionales, típicos y bellos de su capital y de los alrededores, sino que se busque asimismo de ubicar, mediante datos históricos, los sitios evocativos e instructivos, destacándolos y haciéndolos gratos e invitadores para quienes, llegado el domingo, por ejemplo, sólo han pensado, hasta ahora, en el cine, el teatro o el hipódromo.

Este libro, tan exacto y tan lleno de riqueza imaginativa, está noblemente ilustrado por Marie Elisabeth Wrede, uno de cuyos dibujos reproducimos en la presente página. Nosotros incorporamos estas "Estampas de Buenos Aires" a aquella clase de libros que pedía Gabriela Mistral: los que nos van describiendo a América, desde los barrios de sus ciudades, hasta el color de sus frutos.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)

RECUERDE U.D.

SUPERIOR CALIDAD!!

BOROLUNES Y ARMARIOS

PARA BAÑO EN SUS

DOS TIPOS

DE CUBIERTOS O

APLICAR

Marca "ISSA"

SEGURIDAD Y FIDELIDAD

TERMINACIÓN

En venta en todas las buenas casas del mundo, si en Buenos Aires, en la "ISSA" en cada unidad RECHACHELO



ES OTRO PRODUCTO DE:

Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA. VTU 1574 - TELEFONO 509261



Café EL PAULISTA

Es bueno hasta la última gota!

PEDIDOS A LOS TELFS. 23472 y 200318

CAFE PURO

PAULISTA

MOLIDO A LA VISTA



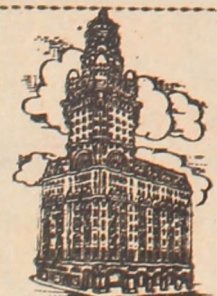
Comedor Americano en Nogal

Véalo en Mueblería SAN FERNANDO

18 DE JULIO 2133

Teléf. 40 52 97

Consulte por amoblamientos financiados



Palacio SALVO HOTEL

EL MAS CENTRICO

PLAZA INDEPENDENCIA 848

Montevideo

Teléfono. 8 22 56 - 58



Balsa de bambúes. (Río Grande, Jamaica.)



Playas de Jamaica, de blancas y finas arenas, aguas tornasoladas y enormes cocoteros y palmeras.



Nativo en busca de cocos.

JAMAICA, ISLA DE ENSUEÑO

ISLA de ensueño, joya engarzada en el mar Caribe, cuajada de zafiros y esmeraldas. Parece envuelta en vaporoso velo azulado, porque sus montañas y hasta sus selvas, se ven a la distancia impregnadas de azul, azul manganeso que se confunde con su cielo sereno y profundo. A ratos las copiosas lluvias tropicales la envuelven en bruma y aparece cubierta de un manto grisáceo, pero ha poco se disipa y luce otra vez esplendorosa.

Jamaica es una isla alargada, montañosas, con profusión de ríos y riachos que después de serpentear cantarinos entre sus frondas se deshacen en infinidad de traviesas cascadas y torrentes de aguas cristalinas. Ostenta cuidados caminos y carreteras asfaltadas, bordeadas de altos bananales, palmeras y bambúes gigantes, cuyas ramas se unen y forman verdaderos túneles verdes. La adornan praderas y bosques luxuriantes, donde crecen exóticas floras tropicales de deslumbrante colorido y perfume embriagador; las juacas de carnosos pétalos, la POINCIANA roja, la flor llamada FRAUMBOYAN (mujer de fuego o flor del amor), el NIGHT BLOOMING CEREUS, etcétera, y enorme variedad de orquídeas y helechos gigantes, cuyas hojas semejan sutiles encajes tejidos por manos de hadas.

Por sus ríos y lagunas se deslizan hermosísimas aves acuáticas, entre el follaje aparecen tucanes, araras y papagallos de vistosos plumajes y se oye el coro de infinitos pájaros. Los nativos transportan sobre su cabeza, en grandes canastos redondos, los frutos tropicales; a veces lo hacen en gra-

ciosos burritos, con los que llegan a los mercados de Kingston con su carga. Una de las más curiosas es el "ACKEE PODS" fruta oriunda de Jamaica, tiene el aspecto de un postre decorado con merengue y chocolate, el PAPAVER TREE o papaya, el árbol del pan, las YACAS, el WHITE RIVER, las deliciosas piñas y plátanos, etc.

Kingston, capital de Jamaica, es una ciudad simpática, animada y extraordinariamente limpia, tiene edificios suntuosos y confortables hoteles, como el MIRTH BANK HOTEL, de refinado buen gusto; su comercio es activísimo, en sus numerosas tiendas y bazares se encuentran los mejores artículos ingleses, vendedores callejeros ofrecen a los turistas canastas y sombreros de paja bordados por los nativos con vistosos colores. El nativo es pulcro, respetuoso, hospitalario. En esta isla todo nos recuerda que estamos en una colonia inglesa donde el orden y la prolijidad es lo primordial; en los alrededores las chozas de los nativos, construidas de cañas y paja, son aseadas y alegres.

Existen en la isla inmensas plantaciones de caña de azúcar, cacao, café y tabaco, pero una de sus principales industrias es el cultivo de la piña (ananá) que exporta a todo el mundo y que es notable por su tamaño y sabor delicioso.

Famosos son sus mercados de flores y frutas que se ofrecen en elegantes canastillos.

Tiene atractivos lugares de recreo, como la playa Boston, el Canal Río Cobre rodeado de enormes palmeras en las que trepan

los nativos con extraordinaria agilidad en busca de frutas, el Río Grande que se deshace en innumerables cascadas, la laguna Azul; pero uno de los sitios que no debe dejar de visitarse es el Jardín Botánico (Hope Botanic Gardens) hermosísimo parque donde se aprecia en toda su magnificencia la exuberante flora tropical. Existe allí una, extraordinaria variedad de orquídeas helechos y plantas exóticas, cuyo conjunto es una verdadera orgía de color y perfumes.

Se llega a este lugar por una amplia carretera asfaltada entre apretadas arboledas e inmensos bambúes que forman una bóveda verde; a los costados del camino, bancos de piedra invitan al descanso; entre la fronda emergen hermosos chalets y pintorescas viviendas de nativos. Cuando se abre el follaje, deja entrever a la distancia el mar, ese mar fascinante del Caribe! Siguiendo por esta carretera hasta el otro extremo de la isla se llega a la playa 8 Ríos después de atravesar por curiosos barrios modestos. Existe en estas playas un suntuoso hotel, el TOWER ISLE, con su clásica piscina y jardines tropicales; un exquisito almuerzo que allí se sirve, a base de mariscos y deliciosos postres y frutas, reconforta del viaje; a gozar después de un descanso a la sombra de las palmeras que semejan grandes pantallas verdes, mecidas suavemente por la brisa; luego un baño en las incomparables aguas del Caribe, que son un verdadero calidoscopio de colores, manchas y franjas de distintas tonalidades, sonrosadas, liláceas, verdes, toda la gama del azul y del violeta. La belleza indescriptible de este mar pro-

duce en el espíritu un atractivo fascinador, es una delicia tenderse en estas arenas suaves y blancas como harina, cuyo contacto acaricia.

Al frente de la playa, contémpase un islote solitario donde emerge un torreón con la gallarda bandera inglesa.

JAMAICA es lugar de ensueño, que nunca se olvida y al que siempre se desea volver.

Amalia Pirez de Medina Robaina.

(Especial para EL DIA).

Fotos de la autora.



Vendedora callejera, nativa de Jamaica.



Llegando a Jamaica.



Un simpático nativo jamaicano, en los jardines del Tower Isle.

CUANDO nuestros escritores se quejan de las dificultades para la impresión, por carencia de editoriales privadas o por falta de iniciativa del Estado, en ese sentido, no recuerdan que en los primeros siglos de la civilización imprimir un libro era obra que significaba vencer los máximos obstáculos para obtener un mínimo de rendimiento, pues sólo se podía fabricar un ejemplar por vez, ya en piedra, bien en arcilla, ora en pergamino o en tabletas de cera. Y cuando los estudiantes contemporáneos — que tienen a su disposición cuantos libros necesitan — dan sus lecciones al profesor, no sospechan que la palabra "lección" proviene de "lectura", originada en una época en que los libros eran de tan difícil adquisición, que el preceptor leía y explicaba en el único ejemplar que se disponía. Los temas que sus discípulos escuchaban y luego repetían.

En la actualidad, a despecho de los costos de impresión, subsiste lo que hace más de medio siglo señalaba Menéndez y Pelayo en el tomo V de "Historia de las ideas estéticas": "Existe cierta prodigalidad en la impresión de libros; superficialidad y despilfarro que ha sido siempre signo de autores españoles algo díscolos y rebeldes de suyo, contra ciertas prudentísimas leyes de parsimonia y equilibrio".

Los asirios y caldeos hacían, 2000 años antes de Cristo, sus libros en planchas de arcilla, que estando frescas grababan en su escritura cuneiforme con un punzón, y que cocían después en hornos o secaban al sol; luego las unían, como si fuesen hojas, para formar volúmenes. En la biblioteca del palacio de Sardanápalo — Ninive — encontró el explorador inglés Layard, en 1854, varios miles de estos primitivos libros, que trataban de religión, ciencias naturales, historia y astrología.

En Egipto, se encontraron rollos de papiro anteriores a la XIII dinastía faraónica, es decir, unos quince siglos antes de nuestra era. Se conservan esos libros en buen estado, ejemplares que miden hasta cuarenta y tres metros de longitud, escritos en una



Trozos de piedra con escritura cuneiforme constituyeron los primeros libros del Cercano Oriente, escritos por asirios y caldeos muchos siglos antes de Cristo.



La recolección del papiro, lámina vegetal, con que los egipcios publicaron sus libros primitivos.

BREVE HISTORIA DEL LIBRO

sola cara, en columnas perpendiculares; pero si el texto tenía carácter oficial, los signos jeroglíficos se trazaban en sentido horizontal, disposición que adoptaron más tarde los romanos.

La ciudad griega de Pérgamo dio nombre a un material para libros: el pergamino,

cuero de cordero, cabrito o vaca, curtido y pulido con piedra pómez, que daba una piel fina, ligeramente amarillenta y lisa en sus dos caras, ventaja ésta que no tenía el papiro, utilizado sólo de un lado. El pergamino se usa para ciertos documentos diplomáticos, especialmente en el Vaticano. Este material era exclusivo para libros hasta mediados del siglo VIII, en que el papel empieza a fabricarse en Europa.

Los chinos fabricaban papel hace veinte siglos con fibras de bambú y otros arbustos y viejos trozos de tela; ponían esos ingredientes a macerar y luego de un tiempo los batían en un mortero. Fabricaban a mano el papel, extendiendo esa pulpa en superficies lisas.

Los árabes, que conquistaron en el año 704 la ciudad de Samarcanda en Asia central, llevaron a Europa, entre otros elementos del botín, el secreto de la fabricación del papel. La producción fue al principio muy exigua, pero a comienzos del siglo XIII había fábricas de papel en Alemania, Francia, Italia y Rusia. Durante mucho tiempo, la materia prima para su fabricación eran viejos trozos de tela de lino. Posteriormente, se empezaron a usar fibras vegetales, componente básico en la industria actual del papel.

Con la abundancia del papel y la invención de la imprenta, especialmente la de caracteres móviles de Gutenberg, se multiplicaron extraordinariamente los libros y con ello se incrementó la cultura y se propagaron las bibliotecas.

En el siglo XVII parecía fabulosa la cantidad de veinte mil volúmenes que reunía la más rica biblioteca europea. En la actualidad, las bibliotecas nacionales de Francia e Inglaterra tienen varios millones de tomos y muchos miles de manuscritos. La biblioteca del Congreso de EE. UU. es la más copiosa del mundo; tiene cerca de ocho millones de libros, tres millones de obras musicales; además, miles de manuscritos, grabados, libros del método Braille e incunables.

Las guerras y otras catástrofes han sido elementos nefastos para las bibliotecas: la de Alejandría fue tres veces aniquilada; ardió la árabe de Córdoba y la nacional de Lima; fueron despojadas en las dos primeras guerras mundiales casi todas las grandes bibliotecas europeas; algunas, profanadas en otras épocas, como ocurrió con el Archivo de Salamanca, con cuyos manuscritos hacían cama para sus caballos los soldados de la invasión napoleónica.

Las bibliotecas siempre tentaron a los ladrones, incluso a las personas de buenas costumbres y hasta a las de convicciones religiosas, puesto que en el siglo V los libros

sagrados y los de prácticas canónicas se suspendían con cadenas en determinados lugares de las iglesias para que pudieran ser leídos por los devotos, sin la posibilidad de sustracción.

En nuestros tiempos, la práctica del latrocinio de libros continúa; felizmente, en la mayoría de los casos es fácil reponer el material hurtado.

Hoy, toda persona que se precie de culta tiene su pequeña o gran biblioteca particular, así como toda población preocupada por la instrucción social, tiene una biblioteca abierta para promover la elevación espiritual de sus habitantes, ya sea mediante obras de trascendencia escasa o baladí, como las de especulaciones literarias, científicas y artísticas de elevada categoría.

Alberto RUSCONI

(Especial para
EL DIA)



Manuel Pérez Prieto. Mañana 2 de noviembre se cumplen seis años del fallecimiento de tan querido e inolvidable esposo.



Tarzan

por **EDGAR RICE BURROUGHS**

EN LOS PREHISTÓRICOS GOBIERNOS DE TARZANLANDIA

LAS ESCARPADAS ROCAS DE TARZANLANDIA HABÍAN ESCONDIDO UN LABERINTO DE PRIMITIVAS MORADAS... Y NUEVOS INDICIOS... PARA LOS DESCUBRIMIENTOS DE TARZAN.



LA GENTE QUE VIVÍA AQUÍ, TARZAN VIVÍA COMO LOS PAJAROS... EN NIDOS ROCOSOS?

PROBABLEMENTE TUVIERAN ESCALERAS DE PIEDRA... NO TREPARÍAN POR UNA SOGA.

TARZAN E ITO ENCONTRARON UNA EXTRAÑA MONTAÑA EN FORMA DE COLMENA DEJADA, NO POR LA NATURALEZA, SINO POR HOMBRES QUE HABÍAN BUSCADO LA SUPREMA SEGURIDAD.

ESTA GENTE, ITO, DEBÍA TENER HERRAMIENTAS NO CONOCIDAS PARA CORTAR ROCAS... ESPERO QUE ENCONTREMOS ALGUNA PARA NOSOTROS.

MUCHA GENTE DEBE HABER VIVIDO AQUÍ... MILES TAL VEZ.

ACÁ DORMIRÍA UNA FAMILIA, PROBABLEMENTE.

YO PREFIERO DORMIR EN MI HAMACA.

QUE LUGAR DESIERTO... COMO PUDO VIVIR TANTA GENTE AQUÍ Y NO DEJAR NADA MÁS QUE POLVO DETRÁS DE SÍ?

ESTO PARECE UNA HERRERIA... UNA HOGUERA Y SEIS YUNQUES. DEBERÍAN SER HOMBRES DE GRAN TALLA... PARA TRABAJAR EN ELLOS. TAL VEZ DE MÁS DE DOS METROS.

BILL
ELLIOTT
JOHN
CELARDO

METAL, ITO... METAL MUY AFILADO.

UNA PUNTA DE LANZA, TARZAN. YO SE USARLA.

UN GRAN DESCUBRIMIENTO... ELLOS SABÍAN ALGO QUE NUESTROS CIENTÍFICOS NO HAN DESCUBIERTO.

QUE... COMO HACER UNA PUNTA DE LANZA?

NO... COMO ENDURECER EL COBRE PURO... COMO HACER ESTO TAN AFILADO. ESTE DEBE SER UN ESLABON PERDIDO EN NUESTRO CONOCIMIENTO DE LOS METALES... NUESTRAS GRANDES FABRICAS NO PUEDEN HACERLO.



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



galas de primavera

en la primavera de oro
de la sección tejidos
más completa del país.



ORGANZA DE NYLON lisa en todos los colores. Ancho 0.95, el metro **\$ 12.50**

JACQUARD; regío algodón de gran novedad para sport. Ancho 0.95, el metro **\$ 14.50**

PIQUE NATTE liso, algodón ideal para tapados de verano. Ancho 1.00, el metro **\$ 16.50**

POPELINA BORDADA, delicada fantasía en todos los colores. Ancho 1.00, el metro **\$ 24.50**

ORGANZA DE NYLON americana, en preciosos diseños de gran moda. Ancho 1.20, el mt. **\$ 26.50**

PIED DE POULE Y RAYADOS, fino algodón bordado, diseños exclusivos. Ancho 0.90, el mt. **\$ 26.50**

RASO DE ALGODON ESTAMPADO, una creación para la alta costura. Ancho 0.95, el mt. **\$ 28.50**

LAME para trajes de fiesta, en la gama completa de colores. Ancho 1.30, el metro **\$ 30.00**

ALGODON Y NYLON en moderno diseño de gran vestir. Ancho 0.90, el metro **\$ 31.50**

GASA DE SEDA NATURAL francesa, en suaves tonalidades. Ancho 1.10, el metro **\$ 31.50**

HILO BORDADO inarrugable, una exclusividad de nuestra Sec. Tejidos. Ancho 0.95, el mt. **\$ 32.50**

BROCATO EN RELIEVE para trajes de reunión, en delicados colores. Ancho 1.30, el mt. **\$ 38.50**

BROCATO BORDADO, una novedad recién recibida. Ancho 1.30, el metro **\$ 42.50**

RADZIMIR FANTASIA, alta novedad, modernas combinaciones de colores. Ancho 1.20, el mt **\$ 45.00**

PROGRAMACION DE
CASA SOLER EN SAE-
TA TV. Lunes y Miércoles
a las 20 horas presenta el
Escenario de Variedades
y los Martes a las 21.15
horas la Gran TELERE-
VISTA, con las mejores
atracciones de la TV.



CLIENTES DEL INTE-
RIOR. Dirijan vuestros
pedidos a nuestra CASA
MATRIZ - Avda. Agracia-
da 2302 y M. Sosa.

Casullo & Co.

CASA MATRIZ - AV. AGRACIADA 2302
esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - AV. GRAL. FLORES 2341
esq. M. Berthelot - Tel. 24200-24300-24400

SUCURSAL CORDON - AV. 18 DE JULIO 1601
esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11